

¿No lo oís, no lo veis? Matan bueyes y carneros en nuestros mercados ¡y comeis sin escrúpulo la carne de los animales muertos por ellos! El gefe de esos micos ha enriquecido su Alcázar con incrustaciones de mármol; ha hecho construir fuentes por donde corre el agua mas pura, y mientras que nos hace esperar á su puerta, se burla de nosotros y de nuestra religion. ¡Qué desgracia, Dios mio! Si yo dijera que es tan rico como vos, monarca mio, diria la verdad. ¡Ah! ¡degolladlo pronto y ofrecedlo en holocausto; sacrificadlo que es un carnero cebon! No perdoneis tampoco á sus parientes, ni á sus amigos; ellos han acumulado tambien inmensos tesoros. Tomad su dinero, vosotros tenels á él mas derecho que ellos. No creais que sea una perfidia matarlos; no, la verdadera perfidia seria dejarlos reinar. Ellos han roto el pacto que habian hecho con nosotros ¿quién se atrevería á condenarnos si castigais á los perjuros? ¿Cómo hemos de aspirar á señalarnos cuando vivimos en la oscuridad y los judíos nos deslumbran con el brillo de sus grandezas? ¡Comparados con ellos, nosotros somos despreciables y se diria en verdad, que nosotros somos los malvados y que ellos son los buenos! No permitais más que nos traten, como lo han hecho hasta ahora, porque vos nos respondeis de su conducta. Acordaos tambien de que ha de llegar un dia en que tengais que dar cuenta al Eter-

no de la manera con que habeis tratado al pueblo por él elegido, al que ha de gozar de la felicidad eterna!

Este poema hizo poco efecto á Badis que tenia en José una confianza ilimitada, pero produjo una sensacion profunda entre los Berberiscos que, juraron la pérdida del judío y los gefes del complot esparcieron el rumor de que José se habia vendido al rey de Almeria, Motacin, con quien estaban entonces en guerra. Y como los menos crédulos y los que estaban menos cegados por la pasion les preguntáran qué interés podía tener José en hacer traicion á un príncipe á quien manejaba á su arbitrio, le respondian que cuando el judío hubiera hecho perecer á Badis y hubiera entregado sus Estados á Motacin, haria tambien morir á este último y entonces se sentaría en el trono. Es casi escusado decir que todo esto no era mas que pura calumnia. El hecho es, que los Berberiscos buscaban un pretexto para derribar á José y para robar á los judíos cuyas riquezas envidiaban. Creyendo al fin, haberlo encontrado, se amotinaron y asaltaron el palacio real, donde José se habia refugiado. Para escapar á su ciego furor, el judío se metió en

una carbonera, donde se tizó la cara á fin de que no lo conocieran, pero fué descubierta, reconocido, muerto y atado á una cruz. Los granadinos enseguida, comenzaron á asesinar á los otros judíos y á saquear sus casas; cerca de cuatro mil personas fueron víctimas de su ódio fanático (30 de Diciembre de 1066) (1).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Véase «Journ asiat», IV.^a série, t. XVI, página 810, 217-220; mi Introducción á la crónica de Ibn-Adhari, p. 92-102 y mis «Recherches», t. I, página 292-305. Algunos detalles nuevos me han sido suministrados por Ibn-Bassán, c. I. fol. 200 v.-201 v.

VIII.

No estaba mas tranquilo que el Mediodía el resto de la España musulmana; en todas partes se disputaban con encarnizamiento los restos del califato, y entretanto, se veia engrosar en el Norte un torrente que amenazaba tragarse todos los Estados musulmanes de la Península.

Durante medio siglo, los reyes cristianos habian tenido bastante que hacer en su casa, para meterse á conquistadores; pero en el año de 1055 cambiaron las cosas. En esta época Fernando I, rey de Castilla y de Leon, se halló al cabo en disposicion de dirigir todas sus fuerzas contra los Sarrace-

nos. Era de preveer que estos últimos no se hallaban en estado de resistirlo. En efecto, todas las ventajas estaban de parte de los cristianos; tenían lo que sus enemigos no tenían, espíritu marcial y entusiasmo religioso. Así, que las conquistas de Fernando, fueron rápidas y brillantes. Quitó á Mudhaffar de Badajoz, Viseo y Lamego (1057), al rey de Zaragoza, las fortalezas al Sur del Duero; hizo una terrible razzia en los Estados, de Mamun de Toledo y avanzó hasta Alcalá de Henares. Los vecinos de esta ciudad mandaron á decir á su soberano que, si no se apresuraba á socorrerlos, tendrían que rendirse en seguida. Mamun, demasiado débil para rechazar al enemigo, tomó el partido mas prudente; vino en persona á ofrecer á Fernando una inmensa cantidad de oro, plata y piedras preciosas y se declaró su vasallo y tributario, como ya lo habían hecho los reyes de Badajoz y Zaragoza (1).

Tocole entonces el turno á Motadhid. En el año de 1063, vino Fernando á quemar los

(1) Mon. sil. c. 91-93; cf, «Chron Compost.» página 327.

pueblos del territorio sevillano y era tal la debilidad de los Estados musulmanes que Motadhid, aunque era sin disputa el monarca mas poderoso de Andalucía, creyó prudente imitar el ejemplo que le habia dado Mamun. Presentóse pues, en el campo cristiano, ofreció ricos presentes á Fernando y le suplicó que perdonara á su reino. Fernando no parece que conoció la bellaquería, ni la crueldad de este hombre, á quien las canas y una frente surcada de arrugas, daban la apariencia imponente y venerable de un anciano; pues, aunque no contaba aún mas que cuarenta y siete años los cuidados de la ambicion, el trabajo, los excesos y acaso los remordimientos lo habian envejecido ante de tiempo (1). No es pues, de admirar que el rey de Castilla se conmoviera con sus súplicas; pero creyendo que debia consultar á los grandes y á los obispos de su reino, los convocó para preguntarles qué condiciones habia de imponer á Motadhid. La asamblea decidió que el rey de Sevilla quedaría obligado á pagar un tributo anual y á entre-

(1) El monge de Silos le llama «grandaevus».

gar á los embajadores que Fernando le enviara el cuerpo de Santa Justa vírgen y mártir del tiempo de la persecucion romana. Y habiendo aceptado Motadhid estas condiciones, Fernando se volvió con su ejército y, cuando llegó á Leon, envió á Sevilla á Alvito, obispo de la capital y á Ordoño obispo de Astorga.

Los dos prelados tenian que cumplir una doble tarea: tenian que transportar á Leon el cuerpo de la santa y arreglar el asunto del tributo (1). Desgraciadamente, las pesquisas que se hicieron para descubrir las reliquias de Santa Justa fueron inútiles. «Ya lo veis, hermanos míos, dijo Alvito á sus compañeros; á menos que nos preste su ayuda la misericordia divina, nos volveremos engañados en las esperanzas que nos han hecho hacer este penoso viaje. Creo pues, necesario que pidamos á Dios con tres días de ayunos y oraciones que se digne descubrirnos el oculto tesoro que buscamos.» En consecuencia, los cristianos oraron y ayunaron durante tres días, de lo que la salud de Alvito ya quebrantada

(1) Consúltense mis «Recherches», t. I, p. 112.

cuando llegó á Sevilla sufrió mucho. En la mañana del cuarto dia reunió de nuevo este obispo á sus compañeros y le dijo: «Debemos, queridos hermanos, dar gracias á Dios de todo corazon pues, en su misericordia, se ha dignado disponer que no quede nuestro viaje sin recompensa. Verdad es que un mandato del cielo nos prohíbe sacar de aquí las reliquias la bienaventurada Justa, pero llevareis á nuestra pátria un don no menos presioso, á saber, el cuerpo del bienaventurado Isidoro que tuvo en esta ciudad la mitra episcopal y que por sus obras y su palabra fué ornamento de la España entera. Yo habia querido, hermanos míos, orar y velar toda la noche, pero habiéndome sentado un momento abrumado de cansancio, fuí vencido por el sueño. Entonces se nos apareció un anciano vestido con hábitos episcopales.—Ya sé, nos dijo, á lo que habeis venido tú y tus compañeros, pero como no es la voluntad divina que esta ciudad quede apenada con la salida de Santa Justa y Dios en su inagotable misericordia no quiere tampoco que tú y tus compañeros os marcheis con las manos vacías, os dá mi cuerpo.—¿Y quién sois vos que me dais estas órdenes? le pregunté yo.—

—Soy me respondió, el doctor de las Españas y antes fuí el jefe de los sacerdotes de esta ciudad; soy Isidoro.—Habiendo dicho esto desapareció y habiendo yo despertado supliqué á Dios que si esta vision provenia de él, se dignara repetirla por segunda y tercera vez. Repitióse en efecto otras dos veces y en cada una el anciano me dirigió las mismas palabras, más á la tercera añadió mostrándome el lugar en que su cuerpo estaba enterrado y tocándolo tres veces con una varilla que tenia en la mano:—Aquí, aquí, aquí, hallarás mi cuerpo y á fin de que no imagines que soy un fantasma que te engaña, reconocerás la verdad de lo que te digo por esta señal: en cuanto mi cuerpo sea desenterrado te entrará una enfermedad incurable y dejando ese cuerpo mortal vendrás á nosotros con la corona de los justos.—Dicho esto la vision desapareció,»

Alvito se presentó enseguida con sus compañeros en el palacio de Motadhid, le repitió su vision y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de Isidoro en lugar del de Santa Justa.

El relato del obispo debió producir sobre Motadhid una impresion singular. Escéptico y burlon menospreciaba igualmente todas

las religiones y no creía más que dos cosas en la astrología y en el vino (1). Escuchó, sin embargo al obispo con inperturbable seriedad y cuando hubo concluido su larga arenga: «¡Ay! exclamó con un tono de profunda tristeza, si os doy á Isidoro que me resta? Sin embargo, si tal es la voluntad de Dios que se cumpla! Vos sois un hombre demasiado venerable para que os pueda negar nada. Buscad el cuerpo de Isidoro y llevároslo, aún cuando sea apesar mio.» El Árabe como verdadero zorro que era, comprendió el partido que podia sacar de la piedad de los cristianos, piedad de que se reía á so capa. Teniendo que pagar un tributo, calculaba que si fingía atribuir gran precio á las reliquias, si, por decirlo así, no se las dejaba arrancar sino defendiéndolas cuerpo á cuerpo, podrian llegar á serle muy utiles. Pensaba hacer como el deudor que apremiado á pagar su deuda, hace en-

(1) En un poema que compuso en la hora en que los creyentes iban á las mezquitas, para asistir á la oracion de la mañana, decía; «Es preciso vover al apuntar el alba, este es un dogma religioso y al que no crea en él es un pagano». «Abbad» t. I, p. 246.

trar en la cuenta alguna antigualla que hace aceptar á su acreedor como un objeto de una antigüedad, de una rareza y de un precio estremados. Así, que representó su papel hasta el fin, pues, en el momento en que el obispo de Astorga (su colega Alvito acababa de morir) iba á salir de Sevilla con los restos de Isidoro, fué al encuentro del cortejo, echó sobre el féretro un manto de brocado lleno de arabescos de maravilloso trabajo y dando un gran suspiro: «¡Ya te vas de aquí, Isidro, hombre venerable! exclamó; ¡tú sabes sin embargo, cuan estrecha amistad nos unel» (1)

El año siguiente (1064) fué estremadamente desastroso para los musulmanes. Coimbra tuvo que rendirse á Fernando, despues de haber sostenido un sitio de seis meses. En virtud de la capitulacion, mas de cinco mil de los defensores de la plaza fueron entregados al vencedor y los demás abandonaron sus moradas sin llevar consigo mas que el dinero necesario para el viaje. Mas aún, todos los musulmanes que ha-

(1) La relacion de esta embajada se encuentra en la crónica del monje de Silos (c. 95-100) que la tomó de los mismos compañeros de Alvito.

bitaban el Duero y el Mondego recibieron orden de salir del país (1). Fernando volvió sus armas contra el reino de Valencia, donde reinaba el débil é insolente Abdelmelic-Mudhaffar que habia sucedido á su padre Abdalaziz en 1061. Sitiaron la capital, pero, viendo que era difícil de tomar, recurrieron los Castellanos á una estratagemá para privarla de sus defensores. Fingieron retirarse y los Valencianos salieron entonces para perseguirlos vestidos de gala, tan fácil suponían el triunfo. Pero su audacia le costó cara. Cerca de Paterna, á la izquierda del camino que vá de Valencia á Murcia, fueron atacados de improviso por los Castellanos. La mayor parte fueron muertos y su rey no debió su salvación, mas que á la ligereza de su caballo (2). La toma de la fortaleza de Barbastro, una de las mas importantes del N. E., fué también una gran calamidad. Cayó en poder de un ejército de Normandos

(1) Mon: Sil., c. 87, 89 y 90; Chron. compl. p. 317, 518. Véase sobre la fecha de la toma de Coimbra á Riveiro, «Dissertaciones chronológicas é críticas.»

(2) Ibn-Bassam, última hoja del man. de Gotha; Maccari, t. I, p. III y t. II, p. 748, 749,

mandados por Guillermo de Montreuil, entonces general en jefe de las tropas pontificias y que en los romances caballerescos es conocido con el nombre de Guillermo el Chato. Horrible fué la suerte de los vencidos. Habíanse rendido los soldados de la guarnición bajo condición de que se les perdonase la vida; pero en cuanto salieron de la ciudad fueron casi todos asesinados. No fueron mejor tratados los vecinos. También ellos habían obtenido el «aman» y se preparaban á abandonar la ciudad, cuando Guillermo de Montreuil á quien su número causaban inquietud, ordenó á sus soldados que aclararan sus filas, y no cesó la carnicería sino después que perdieron la vida seis mil personas, luego se ordenó á todos los que tenían casa que entraran en la ciudad con sus mujeres, y con sus hijos. Obedecieron y los Normandos lo dividieron todo entre sí. «Cada caballero que recibía en suerte una casa, dice un autor árabe de esta época, recibía además todo lo que había dentro, mujeres, hijos, dinero etc. y podía hacer del amo de la casa todo lo que quisiera: así; que tomaba todo lo que el amo le enseñaba y le obligaba con todo género de torturas á entregarle lo que pretendía ocultar. A ve-

ces, el musulman entregaba el alma en medio de estos tormentos, lo que era realmente una suerte para él, por que si sobrevivía tenía que experimentar dolores mas amargos, pues los infelices, por un refinamiento de crueldad, tenían el placer de violar las mugeres y las hijas de sus prisioneros ante los ojos de estos: Cargados de cadenas tenían estos infieles que asistir á estas escenas horribles, partido el corazon y llenos de lágrimas los ojos.» Felizmente para los musulmanes, Guillermo y sus compañeros no tardaron en abandonar á España, para ir á gozar en su pátria de las riquezas que habían adquirido. No quedó en Barbastro mas que una guarnicion muy escasa y Moctadir de Zaragoza que habia recibido de Motadhid un refuerzo de quinientos caballeros, aprovechó esta circunstancia para recobrar la ciudad en la Primavera del año siguiente (1065) (1).

Fernando entre tanto continuaba sus trabajos para apoderarse de Valencia y aunque el rey de esta ciudad habia recibido refuerzos de su suegro Mamun de Toledo, se

(1) Véanse mis «Recherches», t. II, p. 375-374.

encontraba en una posición muy peligrosa cuando Fernando cayó enfermo, lo que le obligó á volver á Leon. Sin embargo Abdelmellec no tuvo mucho tiempo de felicitarse por ello, pues en Noviembre fué destronado y encerrado en la fortaleza de Cuenca por su suegro que incorporó el reino de Valencia á sus Estados (1).

A poco vino la muerte á librar á los musulmanes de su mas terrible adversario. Por su bravura, por su piedad y la pureza de sus costumbres. Fernando habia sido modelo de reyes: una muerte hermosa y santa coronó dignamente una vida hermosa y santa tambien. En cuanto llegó á Leon, el sábado 24 de Diciembre, se apresuró á ir á orar á la iglesia que habia dedicado á San Isidoro, convencido de que se aproximaba el momento en que su cuerpo iba á descansar para siempre. Luego descansó algunas horas en su palacio, pero por la noche volvió á la iglesia, donde los sacerdotes celebraban con solemnes cánticos la fiesta de la Natividad del Señor, y cuando entonaron, segun el rito toledano entonces en uso, el último nocturno de los maitines, el «Advé-

(1) Véanse los textos que yo he publicado en mis «Recherches», t. II, p.LI-LIV.

nit nobis», mezcló á las suyas su voz debilitada. Al clarear el alba les suplicó que dijera misa, y habiendo recibido la Eucaristía, se hizo volver á su lecho caminando trabajosamente apoyado en los servidores de su casa. A la mañana del día siguiente, se hizo poner sus vestidos reales y volver á llevar á la iglesia, donde arrodillándose delante del altar y quitándose el regio manto y la corona, dijo con una voz clara todavía: «Tuyo es el poder y tuyo el reino, Señor, tu estás sobre todos los reyes, á tu imperio están sometidos todos los reinos celestes y terrestres; recibe pues, el reino que de tí he recibido y que he regido mientras plugo á tu divina voluntad: ruégote solamente que recibas en tu misericordia mi alma, arrancada al remolino de este mundo.» Después prosternado en el suelo é implorando el perdón de sus pecados, recibió la Extremaunción de manos de un obispo y vestido con un silicio y con la cabeza cubierta de ceniza esperó la muerte con los ojos llenos de fé y resignación. El mártir inmediato, á la hora sexta, entregó su alma á Dios, ó mas bien, se quedó dormido, tan tranquilo y sonriente estaba su rostro (1).

(1) Mon. Sil., c. 105 106.

Otra muerte, de fijo menos santa, siguió á esta muy de cerca; Motadhid de Sevilla espiró el sábadó 20 de Febrero del año 1069. Dos años antes habia incorporado á su reino á Carmona, y poco mas tarde se habia manchado con un nuevo asesinato, dando de puñaladas con su misma mano al patricio de Sevilla Abu-Hafz-Ma uzaní (1). Por lo demás, su ánimo estaba asediado en los últimos años de su vida por negros presentimientos. No temia ver sucumbir á los ataques de los Castellanos el trono que habia fundado á fuerza de astucia, de traiciones y de perfidias; la prediccion de sus astrólogos de que ya hemos hablado, y que decia que su dinastía seria derrocada por hombres nacidos fuera de la Península daba otra direccion á sus temores. Habia pensado, durante mucho tiempo, que esos estrangeros eran los Berberiscos que habitaban á su lado; pero cuando ya los habia esterminado y creia haber vencido el decreto de los cielos comenzó á pensar que se habia engañado. Al otro lado del Estrecho una nubede bárbaros que una especie

(1) «Abbad» t. II p. 216, 219 y 220.

de profeta habia arrancado de sus desiertos, caminaban á la conquista del Africa. con la rapidéz y el entusiasmo de los primeros musulmanes. En estos sectarios que se daban el nombre de Almoravides, veia Motadhid los futuros conquistadores de España y ningun argumento podia disipar el temor que le inspiraban. Un dia que leia y releia una carta que habia recibido de Sacot, príncipe de Céuta, en que decia que los Almoravides acababan de establecer un campamento en el llano de Marruecos, uno de sus visires exclamó; «¿Cómo es posible señor, que os dé cuidado esa noticia? ¡Por cierto que es una hermosa residencia ese pobre llano de Marruecos, sobre todo cuando se le compara á la hermosa, á la magnífica Sevilla! ¿Qué os importa que esos bárbaros hallan llegado allí? Entre ellos y nosotros hay desiertos, egércitos numerosos y las olas del Oceano.—Estoy convencido de que un dia llegarán aquí, le contestó Motadhid, acaso lo verás tú mismo. Escribe enseguida al gobernador de Algeciras; mándale que fortifique todavia mas á Gibraltar, díle que esté alerta y que espie con la mayor atencion todo lo que pase mas allá del Estrecho.» Luego fijando la

mirada sobre sus hijos: «¡Ojalá pudiera yo saber, dijo, sobre cuál de vosotros ha de descargar la desgracia que nos amenaza! ¿Será sobre vosotros ó sobre mí?

—¡Que Dios os perdone á mi costa, padre mio, exclamó entónces Motamid y que me envíe todas las desgracias que os destinaba, cualquiera que ellas sean!» (1)

Cinco dias antes de su muerte, sintiendo ya cierto malestar, cierta pesadéz de cuerpo y de espíritu, Motadhid hizo venir á uno de sus cantores, á un siciliano, y le mandó que le cantara cualquier cosa. Estaba resuelto á mirar como presagio las palabras de la cancion que el cantador eligiera. Éste se puso á cantar una de esas canciones á la vez dulces y tristes que tanto abundan en la literatura árabe que comenzaba así:

¡Gocemos de la vida, pues sabemos que bien pronto ha de concluir!
¡Mezcla, pues, vino con el agua de las nubes, oh amada mía, y danoslo!

Cantó cinco versos de esta cancion de

(1) «Abbad» t. I p. 251, 252; Abd-el-waid, p. 70

modo que por una coincidencia singular, pero que parece bien averiguada, el número de los versos correspondía justamente al de los diez que á Motadhid le quedaban de vida. Dos dias despues, el Jueves 26 de Febrero, su amor paternal—porque ya hemos dicho que apesar de su crueldad tenia realmente un gran cariño á sus hijos—recibió un golpe estremadamente doloroso con la muerte de una hija que adoraba. En la tarde del viernes, asistió á los funerales con el corazon lleno de tristeza, y acabada la ceremonia se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Cuando vino el médico tuvo una hemorragia que faltó poco para que lo ahogara. El médico quiso sangrarlo, pero Motadhid que era un enfermo poco sumiso, mandó esperar hasta el dia siguiente y esto fué lo que aseguró su muerte, por que al dia siguiente, sábado volvió á comenzar la hemorragia. Esta fué mas violenta todavia que la primera vez y habiendo perdido Motadhid el uso de la palabra esxaló el último suspiro (1).

Su hijo Motamid á quien trataremos de dar á conocer, le sucedió.

(1) «Abbad» t. II p. 61, 62.

IX.

Nacido en 1040, Motamid, cuando solo tenía once ó doce años, había sido nombrado por su padre para el gobierno de Huelva y poco tiempo despues había mandado el ejército sevillano que asediaba á Silves. En esta ocasion fué cuando hizo conocimiento con un aventurero que no contaba mas que nueve años, mas que él y que estaba llamado á jugar gran papel en su destino.

Llamábase Ibn-Ammar. Nacido en un lugarajo de las cercanias de Silves de padres árabes, pero pobres y oscuros habia comenzado á estudiar bellas letras en Silves y en

Córdoba y luego se había dedicado á recorrer á España á fin de ganar el pan cotidiano componiendo panegíricos á todos los que podían pagárselos, porque mientras los poetas de fama hubieran creído rebajarse, si hubieran compuesto poemas para otros que no fueran príncipes ó visires, este pobre joven, oscuro y mal vestido que, escitaba la risa de los unos y la piedad de los otros con su larga pelliza y su pequeña gorra, se creía dichoso cuando algún advenedizo enriquecido se dignaba arrojarle las migajas de su mesa en cambio de sus versos que, sin embargo, no carecían de mérito. Un día llegó á Silves apurado en extremo, no teniendo más que su mula y no sabiendo que hacer para alimentar á la pobre compañera de sus miserias. Felizmente se acordó de un hombre muy apropósito para ayudarlo, si quería, de un rico negociante de la ciudad que, á falta de conocimientos literarios tenía á lo menos bastante vanidad para que le agradara tener una oda compuesto en su alabanza. El pobre poeta le escribió una, haciéndole conocer su miseria. Alhagado en su amor propio, el negociante le envió un saco de cebada. Al recibir este presente bastante mezquino, Ibn-Ammar,

se decia con razon que bien podia el mercader haberle enviado tambien un saco de trigo, pero no por eso se puso menos alegre, y ya veremos como mas adelante supo mostrarse reconocido á su bienhechor.

El talento poético de Ibn-Ammar no tardó en darse á conocer y le valió la honra de ser presentado á Motamid. Agradole en extremo y como ambos amaban los placeres, toda clase de aventuras y sobre todo los buenos versos no tardó en haber entre ellos una íntima amistad. Por eso, en cuanto se tomó á Silves y Motamid fué nombrado su gobernador, este se apresuró á crear un visirato para su amigo y le abandonó el gobierno de la provincia (1).

Los felices dias pasados en Silves, mansion encantadora donde todo el mundo era entonces poeta (2) y que todavía se llama hoy el paraiso de Portugal, no se borraron nunca de la memoria de Motamid. Su corazon no se había abierto todavía al amor,

(1) Abd-el-wahid, p. 79-81; «Abbad», t. II, página 88; Ibn-Bassam, t. II, p. 98 v.

(2) En la campiña de Silves casi todos los aldeanos tenían el talento de improvisar; véase Cazwini, t. II, p. 364.

algunos ligeros caprichos se habían apoderado de su imaginación, pero se habían desvanecido sin dejar huellas (1). Estaba en la época de la amistad entusiasta y se abandonaba á este sentimiento sin segunda intención con todo el fuego de su edad. En cuanto á Ibn-Ammar que no había sido criado como el príncipe en el seno de la opulencia, del lujo y del regalo, que, por el contrario, había conocido desde la alborada de su vida las luchas, los desalientos y las crueles decepciones de la indigencia, tenía una imaginación menos fresca, menos risueña, menos jóven; no podía librarse de una cierta ironía, era ya escéptico en muchas cosas... Un viérnes iban los dos amigos á la mezquita, cuando oyendo Motamid anunciar al moezin la hora de la oración, improvisó este verso, suplicando á Ibn-Ammar que le añadiese otro con el mismo metro y con la misma rima:

—He aquí el moezin que anuncia la hora
de la plegaria

—Al hacerlo espera que Dios le ha de

(1) Véase el poema de Motamid sobre Silves que traducimos más adelante.

perdonar sus numerosos pecados, repitió Ibn-Ammar.

—Que sea feliz puesto que dá testimonio de la verdad, continuó el príncipe.

—Siempre que crea en su interior lo que dice su lengua, replicó sonriendo el visir (1).

Cosa estraña, pero que se esplica sin embargo, cuando se piensa que habia aprendido muy pronto á conocer á los hombres y á desconfiar de ellos: Ibn-Ammar dudaba hasta de la amistad tan tierna y tan ilimitada que le profesaba el jóven príncipe; por más que hacía no podia apartar los negros presentimientos que á veces venian á asediar su espíritu sobre todo durante los festines, porque tenia el vino triste. Refiérese sobre esto, una aventura ciertamente singular y rara, pero que sin embargo parece verdadera, pues que descansa sobre los testimonios de las personas mas abonadas en este caso, de Motamid y de Ibn-Ammar. Dicen, que una tarde Motamid habia invitado á Ibn-Ammar á una cena. Lo habia distinguido aún más que de costumbre y, cuando se retiraron los otros convidados, le

(1) «Abbad», t. I. p. 384.

rogó que se quedara y que se acostara con él. El visir cedió á sus instancias, pero apenas se hubo dormido, oyó una voz que le decía: «¡Desdichado, ese te ha de matar!» Lleno de susto, Ibn-Ammar se despertó sobresaltado, pero tratando de alejar de su imaginación estas negras ideas que atribuía á los vapores del vino, consiguió por fin volverse á dormir. Sin embargo oyó estas siniestras palabras por segunda y por tercera vez. No resistiéndose más y convencido de que era un aviso del cielo, se levantó sin hacer ruido y liándose al cuerpo una estera, fué á agazaparse en un rincon del pórtico, resuelto á escapar en cuanto se abrieran las puertas de palacio, pues queria ganar un puerto de mar y embarcarse para África.

Entre tanto Motamid, habiéndose despertado á su vez y no hallando á su amigo á su lado, dió un grito de alarma que despertó á todos sus servidores, Empezóse á registrar y á escudriñar el palacio en todos sentidos, y el mismo Motamid dirigia las pesquisas. Queriendo ver si habian abierto la puerta, llegó al pórtico donde Ibn-Ammar estaba escondido. Este se descubrió por un movimiento involuntario; á punto que las miradas del príncipe se

fijaban en la estera donde estaba envuelto. «¿Qué es lo que se mueve dentro de esa estera?» exclamó Motamid, y, corriendo los servidores á registrarla, apareció Ibn-Ammar en el más lamentable estado del mundo, en ropas menores, temblando como un azogado y tan avergonzado que no se atrevió levantar los ojos. A su vista Motamid se echó á llorar. «¿Oh Abu-Becr, exclamó, ¿qué te ha dado para hacer eso?» Y, viendo que su amigo continuaba temblando lo llevó suavemente á su cuarto y trató de arrancarle el secreto de su estraña conducta. Mucho tiempo estuvo sin conseguirlo. Presa de un violento paroxismo nervioso, oscilando entre el miedo y lo ridículo de su posición Ibn-Ammar lloraba y rela á la vez. Al cabo habiéndose serenado, lo confesó todo. Motamid se echó á reir de su confesion y estrechándole afectuosamente la mano le dijo: «Querido amigo, los vapores del vino te han trastornado la cabeza y tienes una pesadilla. ¿Crees que te podré yo matar nunca á tí que eres mi alma, á tí qué eres mi vida? ¡Esto sería cometer un suicidio! Trata de olvidar esos malditos sueños y no se hable de eso más.»

«Ibn-Ammar, dice un historiador árabe,

trató en efecto de olvidar esta aventura, pero al cabo de cierto número de días le sucedió lo que referiremos más adelante (1).

Cuando los dos amigos no estaban en Silves, iban á Sevilla, donde se entregaban á todos los placeres que ofrecía esta brillante y deliciosa capital. Muchas veces se presentaban con cualquier disfraz en la «Pradera de plata», orillas del Guadalquivir, donde todo el pueblo, hombres y mugeres, iban á divertirse. Allí fué donde Motamid tropezó por primera vez con la que estaba destinada á ser la compañera de su vida. Paseándose una tarde con su amigo por esta pradera, aconteció que la brisa rizó el agua del río y habiendo Motamid improvisado este verso, rogando á Ibn-Ammar le añadiera otro:

La brisa ha convertido el agua en co-
raza.....

Y no encontrándolo pronto Ibn-Ammar,

(1) Ibn-al-wahid (p.81, 82) refiere esta aventura con las mismas palabras de Ibn-Ammar. Ibn-Basam (t. II. fól. 113 v. y r.) la había oído referir á muchos visires de Sevilla que la sabían por Motamid. Véase también, «Abbad», t. II. p. 120.

una muchacha del pueblo que habia cerca lo hizo de este modo:

Coraza magnifica en efecto para un dia de combate, siempre que el agua estuviera helada.

Admirado de oir á una muchacha improvisar con mas prontitud que á Ibn-Ammar, que era sin embargo en esto famosísimo, Motamid la miró con atencion. Quedó encantado de su belleza y llamando enseguida á un eunuco que lo seguia á alguna distancia, le mandó llevar la improvisadora á su palacio al que se apresuró á volver.

Cuando le presentaron á la jóven le preguntó quien era y en que se ocupaba.

—Me llamo Itmad, le contestó ella, pero comunmente me llaman Romaiquia por que soy esclava de Romaic y mi profesion es muletera.

—Dime, estás casada?

—No, señor.

—Tanto mejor, porque voy á comprarte á tu amoy á casarme contigo (1)

(1) «Abbad» t. II p. 151, 152; cf. p. 225, 226. Hasta despues de su matrimonio no tomó el jóven

Motamid amó á Romaiquía durante toda su vida con un amor inalterable. Ella tenia todo lo que era preciso para agradarle. Se la comparó alguna vez á Wallada de Córdoba, la Safo de esta época. Esta comparacion esacta bajo algunos aspectos, no lo era bajo otros. No habiendo recibido una educacion esmerada, no podía rivalizar en saber con Wallada, pero no le era inferior en las gracias de la conversacion, en los buenos dichos, en las salidas felices y naturales y en las réplicas vivas é ingeniosas, escediéndola acaso por sus gracias naturales y casi de niña, su jovialidad y su travesura (1). Sus caprichos y sus antojos hacian la dicha y la desesperacion de su esposo, obligado á satisfacerse á todo costa, porque una vez que se le metia una idea en la cabeza nadie se la podia sacar. Un dia, en el mes de Febrero, vió desde una ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un pais donde apenas se conoce el in-

príncipe el sobrenombre de Motamid, formado de la misma raiz que la palabra Itimad. Nosotros hemos creido deber darsele anticipadamente, pero antes llevaba otros; véase «Abbad» t. II, p. 69, y compárese con la p. 61.

(1) Véase «Abbad» t. II, p. 234.

vierno. De pronto se hechó á llorar,

—¿Qué tienes querida amiga? le preguntó su marido.

—¿Qué tengo? le respondió ella sollozando; lo que tengo es que tú eres un bárbaro, un tirano uu monstruo! Mira que linda es la nieve, que hermosa, que magnífica; que graciosamente se pegan á las ramas de los árboles esos blandos copos; y tú ingrato no piensas siquiera en proporcionarme este soberbio espectáculo todos los Inviernos, ni te se ha ocurrido nunca llevarme á algun pais donde nieve siempre!

—No te desesperes así, vida mia, bien mio, le respondió el príncipe, enjugando las lágrimas que corrian por sus mejillas; tendrás nieve todos los Inviernos y aquí mismo, te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, á fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles que florecen en cuanto han pasado las heladas, reemplazaran para Romaiquia á los copos de nieve que tanto le habian gustado (1).

(1) El conde Lucanor, c. 14.

Otra vez, vió unas mugeres del pueblo que amasaban con los piés desnudos, barro para hacer ladrillos, y se echó á llorar y habiéndole preguntado su marido la causa de su pena:

—¡Ay! yo soy desgraciadísima desde el día en que arrancándome á la vida alegre y libre que tenía en mi casuca, me has encerrado en este triste palacio atándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira esas mugeres, ahí bajo, á orillas del río, yo quisiera amasar barro como ellas con los piés desnudos, mas ¡ay! condenada por tí á ser rica y sultana no lo puedo hacer!

—Sí, que lo podrás, le respondió el príncipe riendo.

Y en el mismo instante bajó al corral de palacio, hizo traer una enorme cantidad de azúcar, de canela, de gengibre y de perfumes de toda especie y habiendo cubierto luego todo el suelo del corral de estos preciosos ingredientes, los hizo mojar en agua de rosa y amasar á brazo tan bien que formaban una especie de barro.

Hecho esto:

—Baja al corral con tus criadas, le dijo el príncipe á Romalquia, el barro te espera.

La sultana fué y descalzándose lo mismo que sus criadas, se pusieron todas á hundir sus pies con loca alegría en aquel barro aromático.

Era un antojo muy caro, así, que Motadhid sabia recordarlo cuando era preciso á su caprichosa esposa, cuyos deseos no tenían límite. Habiéndole pedido un dia una cosa que el príncipe no le podía dar:

—Cuán digna soy de compasión! dijo. Seguramente que soy la mas desgraciada de las mugeres, porque, juro á Dios, que nunca has hecho nada por agradarme.

—Ni tampoco el dia del barro? le preguntó Motadhid, con tierna y dulce voz

Romaiquia se ruborizó y no insistió mas (1).

Fuerza nos es añadir, que los ministros de la religion no pronunciaban nunca, sino con un santo horror el nombre de esta traviesa sultana. La consideraban como el mayor obstáculo para la conversion de su marido, á quien decian arrastraba sin cesar en un torbellino de placeres y de goces, y cuando las mezquitas estaban de-

(1) «Abbad.» t. 11, p. 153.

siertas los viérnes, á ella le echaban la culpa. Romaiquía se reía de sus clamores; descuidada y aturdida, no sospechaba la pobrecilla que un día esos hombres llegarían á ser terribles! (1).

Por lo demás, apesar de su amor, Motahhid, dejaba á Ibn-Ammar un gran lugar en su corazon. Una vez estando lejos de Romaiquía con su amigo, le escribió una carta en la que puso estos seis versos aerósticos:

Invisible á mis ojos, siempre estás presente á mi corazon.

Tu felicidad sea infinita, como lo son mis cuidados, mis lágrimas y mis desvelos.

Impaciente al yugo cuando otras mugeres quieren imponérmelo, me someto docilmente á tus deseos.

Mi anhelo en cada instante es estar á tu lado. Ojalá pueda cumplirlo pronto.

Amiga de mi corazon, piensa en mí y no me olvides por larga que sea la ausencia.

Dulce nombre es el tuyo! Acabo de escribirlo, acabo de trazar estas amadas letras: «Itimad» (2).

Y terminó su carta con estas palabras:

(1) «Abbad.» t. 11, p. 151.

(2) «Abbad.» t. 11, p. 168.

«Pronto irá á verte, siempre que quieran Allah é Ib-Anmmar.»

Habiendo tenido conocimiento de esta frase, Ibn-Ammar dirigió á su amigo estos versos:

¡Ay! príncipe mio, nunca he tenido otro deseo que hacer vuestra voluntad, me dejo guiar por vos como el viagero nocturno por los relámpagos deslumbradores. Si quereis volver cerca de la que amais embarcaos en un velero bajel y yo os seguiré, ó montad á caballo y os seguiré tambien. Luego, cuando gracias á Dios, hallamos llegado á la puerta de vuestro palacio, me dejareis volver solo á mi casa y sin dejar siquiera la espada ireis á echaros á los pies de la hermosa de la cintura de oro y recobrando el tiempo perdido la abrazareis, la estrechareis contra vuestro corazon, mientras que vuestra boca y las suya murmuran dulces palabras como los pájaros se responden con cantos melodiosos al rayar la auro-ra (1).

Dividiendo así su corazon entre la amistad y el amor, llevaba el jóven príncipe una vida deliciosa, pero fué aguada de

(1) «Abbad.», t. 11, p. 88.

pronto; su padre desterró á Ibu-Ammar. Esto fué como un rayo para los dos amigos. pero qué hacer? Las resoluciones de Motahid eran inquebrantables. Ibu-Ammar pasó pues en el Norte los tristes años de su destierro, hasta que Motamid que contaba entónces veinte y nueve años, sucedió á su padre (1). El príncipe se apresuró á traer á su lado al amigo de su adolescencia y le dejó que eligiera el empleo que quisiese. Ibu-Ammar se decidió por el gobierno de la provincia en que habia nacido. Aunque lo vió con disgusto apartarse de su lado, Motamid acudió sin embargo á su demanda, (2) pero en el momento en que su amigo se despedía, los encantados recuerdos de su estancia en Silves y todas aquellas primeras emociones que no dejen ninguna amargura en el corazon revivieron en él é improvisó estos versos:

Saluda en Silves los lugares queridos que

(1) Abd-el-wahid p. 78, 81 Segun otra tradicion («Abbad») t. II p. 105 Ibu-Ammar habia vuelto á la corte en vida de Motahid, pero este relato me parece inesacto.

(2) Abd-el-wahid p. 82.

ya sabes, oh Abu-Bcr, y preguntales si se acuerdan de mí. Saluda sobre todo al Charadjib, á aquel soberbio palacio cuya salas están llenas de leones y de blancas bellezas, de modo que ya se creeria estar en una cueva, ya en un serrallo (1), y diles que hay aquí un jóven caballero que arde en deseos de volverlo á ver. ¡Cuántas noches no he pasado allí al lado de una hermosa jóven de anchas caderas y de delgada cintural ¡Cuántas veces, hermosas jóvenes blancas y morenas no me han herido en el corazon con sus dulces miradas, como si sus ojos fueran espadas ó lanzas! ¡Cuántas noches no he pasado tambien en el valle al lado del rio, con una bella cantadora, cuyo brazalete se parecia á la luna creciente! Ella me embriagaba de todos modos, con sus miradas, con el vino que me ofrecía y con sus besos. Y cuando tocaba en su guitarra una cancion guerrera creia oír el choque de las espadas y me sentía lleno de ardor marcial. ¡Delicioso momento, sobre todo, aquel en que quitándose la túnica me aparecía esbelta y flexible como una rama de saucel «La flor, me decía yó entonces, ha salido de su capullo (2).

(1) Apenas hay necesidad de decir que el poeta se refiere aquí á estátuas y á leones figurados.

Véase como no se llevaba tan á rigor la prohibicion coránica de representar seres animados. (Ad. del Tr.)

(2) «Abbad.», t. I, p. 39, 84.

Ibn-Ammar hizo su entrada en Silves rodeado de una soberbia comitiva y con tal ostentacion que el mismo Motamid cuando era gobernador de la provincia, nunca la habia desplegado semejante, pero se hizo perdonar esta bocanada de orgullo con mi noble acto de reconocimiento, pues habiendo sabido que el negociante que le socorrió en su miseria, cuando él no era más que un pobre poeta ambulante, vivía todavía, le envió un saco lleno de monedas de plata. Este saco era el mismo que el negociante le habia dado lleno de cebada y que Ibn-Ammar habia conservado cuidadosamente. No disimuló, sin embargo, á su antiguo bienhechor que le habia parecido su regalo algo mezquino, pues le mandó decir estas palabras: «Si antes me hubiera enviado ese saco lleno de trigo, te lo hubieramos devuelto lleno de oro (1).»

No estuvo mucho tiempo en Silves. No pudiendo vivir sin él, Motamid lo llamó á la córte despues de haberlo nombrado su primer ministro (2).

(1) Abd-el-wahid, p. 80.

(2) Abd-el-wahid, p. 82, 83.

X.

Como Motamid y su ministro amaban sobre todo la poesía, la corte de Sevilla llegó á ser la cita de los mejores poetas de la época. Los poetastros no tenían ninguna probabilidad de hacer fortuna, por que Motamid era un crítico severo que examinaba con gran cuidado todos los poemas que se le presentaban y pesaba cada palabra y cada sílaba (1) pero cuando se trataba de poetas de talento su ge-

(1) Véase «Abbad.», t. II, p. 148.

nerosidad no tenía límites. Un día oyó recitar estos dos versos:

La fidelidad en cumplir sus promesas es hoy cosa rarísima. No encontrareis á nadie que practique esta virtud, ni aún siquiera que piense en ello. Es algo de fabuloso, como el grifo, ó como ese cuento que dice, que un poeta recibió un día un presente de mil ducados.

—¿De quién son esos versos? preguntó.

—De Abd-al-djalil, le respondieron.

—¡Y qué! exclamó entónces, ¿uno de mis servidores, un buen poeta, mira un presente de mil ducados como cosa fabulosa?

Y mandó enviar enseguida mil ducados á Abd-al-djalil (1).

Mientras conversaba con unos de los poetas sicilianos que habian venido á su córte, cuando su pátria fué conquistada por Rogerio el Normando, le trageron unas monedas de oro que acababan de acuñar. Dió dos bolsas de ellas al Siciliano, pero este no contento con el regalo, por magnífico que fuera, miraba con ojos ansiosos una figurita de ambar incrus-

(1) Abd-el-wahid, p. 72; «Abbad», t. II, p. 222.

tada de perlas que habla en la sala y que representaba un camello. «Señor, dijo al fin, vuestro presente es magnífico, pero es muy pesado y creo que me hace falta un camello para trasportarlo á casa.—Toma el camello» le respondió sonriendo Motamid (1).

En general, todo el que tenia talento estaba seguro de agradar á Motamid, fuera poeta ó cualquiera otra cosa y aún cuando fuese salteador de caminos, testigo la historia del «Halcon gris.» El Halcon gris—no se le designaba más que por este apodo—habia sido por mucho tiempo el ladron más famoso de la época, espanto y azote de los habitantes de las campiñas; pero habiendo caido al fin en manos de la justicia, fué condenado á ser crucificado en la carretera á fin de que los labriegos pudieran ser testigos de su suplicio. Sin embargo, como hacia un calor sofocante el dia en que fué ejecutada la sentencia, la carretera estaba poco frecuentada. Al pié de la cruz, en que habian clavado al ladron, estaban su mujer y sus hijas que lloraban sin consuelo. «¡Ay! decian ellas, ¡cuando tú mueras nos mori-

(1) «Abbad», t. II, p. 146.

remos de hambre!» El Halcon gris era un hombre muy compasivo, un corazón de oro y el pensamiento de que su familia iba á quedar sumida en la miseria le partía el alma. Justamente vió llegar á un traginante, montado en una mula cargada de piezas de tela y otras mercancías que iba á vender en los pueblos comarcanos.

—Hé señor, le gritó, me encuentro aquí como lo veis en una posición bastante desagradable, pero podeis hacerme un gran servicio de que sacareis gran utilidad.

—¿Cómo? preguntó el otro:

—¿Veis ese pozo ahí abajo?

—Sí, que lo veo.

—¡Muy bien! Pues sabed que, cuando hice la tontería de dejarme prender por esos malditos civiles, eché diez ducados á ese pozo que está seco. Si quisierais hacerme el favor de sacarlos, os daría la mitad. Mi mujer y mis hijas que veis aquí os guardarán vuestra mula hasta que acabeis.

Seducido con la esperanza del lucro, el traginante cogió en seguida una cuerda, ató un cabo á la orilla del pozo y se dejó ir á fondo.

—¡Ahora alerta! dijo entonces el Halcon gris á su mujer, ¡corta la cuerda, coge la

mula y echa á escape con esos niños!

Todo esto se hizo en un cerrar de ojos, el traginante bramaba como un toro, pero como la campiña estaba casi desierta, pasó mucho tiempo antes que viniera un pasajero en su socorro y no teniendo estas bastantes fuerzas para sacarlo, tuvo que esperar á que viniera otro que le ayudase.

Arrancado en fin á su prision subterránea, el traginante tuvo que responder á sus libertadores que le preguntaban que era lo que habia ido á hacer á aquel pozo. Contóles, pues, su desventura con grandes imprecaciones contra el ladron que tan indignamente lo habia engañado. Pronto fué conocida en toda la ciudad y hasta llegó á oídos de Motamid que mandó desenclavar al Halcon gris de la cruz y traérselo. Cuando estuvo en su presencia le dijo: Seguramente tu eres el mayor bribon que hay en el mundo, pues que ni la perspectiva de la muerte ha bastado para hacerte renunciar á tus truanerías.

—¡Ay! señor príncipe, le respondió el ladron, si supierais, como yo, lo apetitoso que es robar, tirariais al infierno vuestro manto real y no hariais otra cosa.

—Bribon maldito; exclamó el príncipe

riendose á carcajadas. ¡Pero vamos, hablemos seriamente! Si yo te perdonara la vida, te devolviera la libertad, te pusiera en estado de ganarte honrosamente la vida y te señalara un sueldo que bastara para satisfacer tus necesidades ¿te enmendarias y abandonarías tu maldito oficio?

—Mucho se hace por salvar la vida, señor, hasta se enmienda uno. Confiad, quedareis contento de mí.

El Halcon gris cumplió su palabra. Nombrado brigadier de civiles, inspiró tanto terror á sus antiguos cofrades como había inspirado antes á los pasajeros (1).

Por lo demás, Motamid llevaba una alegre vida sin ocuparse mucho de los negocios del Estado. «En mi opinion, decia en uno de sus poemas, ser prudente es no serlo (2).» Los festines absorbian gran parte de su tiempo y puesto que él queria mostrarse galante, fuerza es que consagrara todo lo demás á las hermosas jóvenes de su serrallo. No habia dejado de amar á Romaiquia, por el contrario, la continuaba amando

(1) «Abbad» t. II p. 224, 225.

(2) Abd-el-wahid p. 72.

con pasión, pero como según el código singular que gobierna el amor en los países musulmanes, se pueden permitir algunos caprichos sin ser infiel por eso, dirigía de tiempo en tiempo sus homenajes á otras damas sin que Romaiquía, segura de reinar como soberana en el corazón de su esposo, tuviera nada que decir. La hermosa Amada, era encantadora y cuando bebía á su salud, el príncipe encontraba más aroma al vino que de ordinario (1). Luna le hacía compañía cuando estudiaba los versos de los antiguos poetas ó escribía los suyos, y sí al sol se le ocurría lanzar una mirada indiscreta en el gabinete de estudio, allí estaba Luna para interceptarlo, por que ella sabía, decía el príncipe, que solo la luna puede edificar al sol (2).» Mas gazmoña y más áspera, La Perla tenía algunas veces caprichos y montaba en cólera: entonces era preciso que Motamid trabajarse mucho para apaciguarla. Una vez que había provocado su enojo; le escribió para disculparse. Ella le respondió bien, pero sin poner su nombre al principio de la carta, como era costumbre.

(1) Véase «Abbad», t. I, p. 392.

(2) Abd-el-wahid, p. 73. «Abbad», t. II, p. 30.

¡Ay! ella no me ha perdonado todavía, dijo entonces el príncipe, por eso no ha puesto su nombre al frente de su carta. Sabe que yo adoro su nombre, pero está tan enfadada conmigo que no quiere escribirlo. «Cuando lo vea, se habrá dicho, vá á besarlo, pues por Dios que no lo ha de ver (1).»

¡Qué linda enfermera La Hadal! El príncipe pedía á Allah que le concediere como favor el estar enfermo, á condicion de que no dejara de ver constantemente á su cabecera á aquella graciosa gacela de purpurinos lábios (2).

Se engañaría, sin embargo, el que se imaginara que Motamid descuidaba por completo continuar la obra de su padre y de su abuelo. Aunque menos ambicioso que ellos, hizo sin embargo lo que estos habían intentado en vano; desde el segundo año de su reinado reunió á Córdoba á su reino.

Verdad es, que su padre le habla abierto el camino y las circunstancias lo secundaron admirablemente. Dos años antes, en 1046, el anciano presidente de la república Abu-'l-Wahid Ibn-Djahwar, hizo dimi-

(1) «Abbad», t. I, p. 391.

(2) «Abbad», t. I, p. 388.

sion de sus funciones en favor de sus dos hijos Abderraman y Abdelmelic. Confió al mayor todo lo concerniente á la hacienda y á la administracion, y al menor, á quien prefería mucho, el mando militar (1). El menor eclipsó bien pronto al primogénito; pero, sin embargo, todo iba bien, mientras que duró la influencia del hábil visir Ibn-as-Sacca. Este hombre de Estado inspiraba respeto á todos los enemigos declarados ó encubiertos de la república y hasta al mismo Motamid. Así que este último comprendió que para lograr sus fines debía comenzar por derribarlo. Trató pues, de hacerlo sospechoso á Abdelmelic ibn-Djahwar y lo consiguió. Ibn-as-Sacca fué condenado á muerte y este acontecimiento tuvo para la república las mas desastrosas consecuencias. Los oficiales y los soldados que eran muy adictos al visir, presentaron su dimision en su mayoria, mientras que Abdemelic se hacia odioso á sus conciudadanos por su dureza y su indolencia. Parece además haber ido cercenando, poco á poco todo lo que quedaba en pié de las instituciones republicanas.

(1) Ibn-Haiyan, «apud» Ibn-Bassam, t. I., fol. 158 v. 159 r.

Ya vacillaba, pues, el poder de Abdelmelic cuando Manum de Toledo vino á sitiarse á Córdoba en el otoño de 1070. Casi sin ejército (pues su caballería estaba reducida á doscientos hombres y estos muy mal organizados), Abdelmelic pidió auxilio á Motamid. Lo obtuvo: Motamid le envió refuerzos muy considerables y el ejército toledano tuvo que retirarse; pero Abdelmelic no ganó nada en ello, por el contrario los gefes del ejército sevillano, obrando según las órdenes secretas de su señor, se entendieron con los Cordobeses para quitarle el poder á Abdelmelic y dárselo al rey de Sevilla. Este complot fué tramado con el mayor misterio de modo que Abdelmelic no se apercibió de nada. En la madrugada del séptimo día después de la partida de Manum y á punto de salir para despedir á los Sevillanos que habían anunciado que este día se iban á volver, llegaron á su oído gritos sediciosos. Mira y vé á su palacio cercado por sus pretendidos auxiliares y por el pueblo. Casi en el mismo instante los prenden lo mismo que á su padre y al resto de su familia.

Motamid fué proclamado señor de Córdoba y los Beni-Djahwar elevados presto á la isla de Saltes, pero el anciano, Abu-

'I-Wahid no sobrevivió mas que cuarenta dias á su infortunio (1).

El rey poeta habla de esta conquista como si hubiera sido la de una hermosa algo altanera.

He obtenido de rondon, decía, la mano de la hermosa Córdoba, de esa valiente amazona que, con la espada y la lanza en la mano, rechazaba á todos los que la pretendían en matrimonio. Ahora celebramos los dos nuestras bodas en su palacio, mientras que los otros reyes, mis rivales, desanimados, lloran de rabia y tiemblan de miedo. ¡Temblad y con razon, viles enemigos! por que bien pronto el leon caerá sobre vosotros (2).

Sin embargo, Mamun no se daba por vencido, al contrario, estaba dispuesto á

(1) Ibn-Bassam, t. I, fól. 159 r.,-160 r.; Ibn-Haiyan, «ibid», fól. 160 r. y v.; poema de Ibn-al-Cáclira «apud» Ibn-al-Khatib man. P., fól. 51 r. y v.; Ibn-Khaldun, fól. 25 v. Este último autor se equivoca cuando dice que la toma de Córdoba aconteció en 461, porque Ibn-Bassam dice: á fines de 462 Abd-el-Wahid (p. 43) ha caído tambien en el mismo error.

El que se equivoca en la primera de estas correcciones es Dozy: hay monedas de Motamid acuñadas en Córdoba en 461. Véase t. I; p. 497. (Ad. del Trad.)

(2) «Abbad», t. I, p.46.

hacerse dueño de Córdoba, costára lo que costára. Acompañado de su aliado Alfonso VI, vino á desvastar los alrededores de la ciudad, pero fué rechazado por su jóven gobernador Abbad, hijo de Motamid y de Romaiquia (1). Mas entónces Ibn-Ocacha se comprometió á ponerlo en posesion de la ciudad que ambicionaba. Era este un hombreferóz y sanguinario, un anti-guo salteador de la sierra, pero que no carecía de talento y que conocia bien á Córdoba, donde habia representado algun papel. Nombrado gobernador de una fortaleza, se puso á formar intrigas y cábalas en Córdoba, lo que no le era difícil porque habia muchos ciudadanos descontentos de la direccion de los negocios. Verdad es, que el príncipe Abbad daba buenas esperanzas, pero como era aún demasiado jóven para gobernar por sí mismo, el poder estaba en manos del gefe de la guarnicion, Mohamed, hijo de Martin, de origen cristiano, á lo que parece. Pero este hombre, bastante buen soldado, por otra parte, era cruel, sanguinario y libertino. Así, que los

(1) «Abbad», t, I, p. 322; Lucas de Tuy, p. 100.

Cordobeses lo detestaban, y muchos de ellos no tuvieron escrúpulo en entrar en relaciones con Ibn-Ocacha. Este último, sin embargo, no logró tener enteramente secretos sus manejos. Un oficial se aperció de que el ex-salteador venía muchas noches á las puertas de la ciudad y tenía conversaciones muy sospechosas con los soldados de la guarnición. Refirióle esto á Abbad, pero éste no hizo gran caso del aviso y envió al que se lo daba á Mohamed hijo de Martin, quien lo envió á su vez á oficiales subalternos. En una palabra, cada uno descargó en otro el cuidado de las medidas que habían de tomarse y ninguno cumplió con su deber.

Entretanto, Ibn-Ocacha estaba de continuo en acecho y en Enero de 1075, aprovechó para introducirse con los suyos en la ciudad una noche tempestuosa y oscurísima, marchando derechamente al palacio Abbad. No había allí guardia, y ya estaba á punto de forzar las puertas, cuando el príncipe, despertado por el portero vino á cerrarles el paso con un puñado de esclavos y de soldados. Apesar de su extrema juventud se defendió como un león y ya había obligado á los asaltantes á evacuar

el véstibulo, cuando resbaló. Uno de los hombres de la partida cayó sobre él y le dió la muerte. Quedó su cadáver en la calle, casi desnudo, por que despertado de pronto, Abbad no habia tenido tiempo de vestirse.

Enseguida llevó Ibn-Ocacha á los suyos á casa del gobernador. Tan lejos estaba éste de esperar ser atacado, que en el mismo instante en que entraban en su casa, estaba viendo bailar á sus Almés (a). Menos valiente que Abbad, se ocultó cuando oyó el ruido de las espadas en el pátio, pero habiendo sido descubierto su escondite, fué preso y luego muerto.

Al apuntar del alba, mientras que Ibn-Ocacha iba de casa en casa á persuadir á los nobles que hicieran causa comun con él, un imán que iba á la mezquita, pasó por delante del palacio de Abbad, Llamole la atencion un cuerpo que yacia allí desnudo y sin vida. Reconociendo, no sin trabajo, en este cadáver manchado de lodo, el del jóven príncipe, le hizo un piadoso y último honor

(a) Sabias, se llamaban así las muchachas instruidas en la lectura, en los poetas, en el canto y en la danza. (N. del T.)

cubriéndolo con su capa, pero apenas se habia marchado cuando llegó Ibn-Ocacha, rodeado de esa turba que en las grandes ciudades, lanza gritos de alegría en toda revolución. Por su orden la cabeza de Abbad fué separada del cadáver y pãseada por las calles en la punta de una pica. Al verla los soldados de la guarnicion tiraron las armas y trataron de salvarse por una precipitada fuga. Entonces Ibn-Ocacha reunió á los Cordobeses en la gran mezquita y los intimó á que prestaran juramento á Mamun. Aunque habia muchos que eran sinceramente adictos á Motamid, el miedo fué tan grande y general que todos se apresuraron á obedecer. A los pocos días llegó Mamun en persona. En apariencia estaba reconocidísimo hácia Ibn-Ocacha, le colmó de honores y le dijo que le concedia una confianza ilimitada, mas en realidad, odiaba y temia á este antiguo bandido endurecido en el crimen, que era hombre capaz de asesinarlo, si fuera preciso, con la misma sangre fria conque habia hecho degollar al jóven Abbad. Asi, que buscaba ávidamente un pretexto, una ocasion cualquiera, para alejarlo sin ruido y sin escándalo de su reino. No ocultó siempre este designio á sus cortesanos y un dia que Ibn-

Ocacha acaba de dejarlo dió un profundo suspiro y con los ojos inflamados de cólera murmuró algunas palabras en su favor: «Déjate de tonterías! le contestó Mamun, el que no respeta la vida de los príncipes, no está hecho para servirlos.»

Un mes despues (Junio de 1075) y el sexto de su estancia en Córdoba, murió Mamun envenenado... Uno de sus cortesanos fué acusado de haber cometido este crimen, pero ¿fué extraño á él Ibn-Ocacha? Trabajo cuesta el creerlo.

Trasladémosnos ahora á la córte de Sevilla y figurémosnos la pena de Motamid, cuando recibió la noticia, doblemente fatal, de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo primogénito que amaba con idolatría. Y, sin embargo, hubo en aquel noble corazón un sentimiento que habló mas alto que la pena y que el deseo de venganza: el de profunda gratitud hácia aquel iman que habia tenido la delicadeza de cubrir con su capa el cadáver de Abbad. Doliase de no poder recompensarlo, porque ni siquiera sabia su nombre, pero, apropiándose un verso que un antiguo poeta habia compuesto en ocasion semejante exclamaba: «¡Ay! ignoro quien es el que ha cubierto á mi

hijo con su capa, pero sé que es un hombre noble y generoso (1).»

Durante tres años fueron inútiles los esfuerzos que hizo para reconquistar á Córdoba y vengar en Ibn-Ocacha la muerte de su hijo, hasta que al fin la tomó por asalto, el martes 4 de Setiembre de 1078. Mientras que entraba por una puerta, Ibn-Ocacha salía por otra, pero Motamid lanzó en su persecucion algunos caballeros que lograron alcanzarlo. Sabiendo que no tenía que esperar perdon de un padre á cuyo hijo habia hecho degollar, el antiguo bandido quiso á lo menos vender cara su vida y se lanzó sobre sus enemigos como un toro furioso; pero sucumbió al número. Motamid hizo clavar su cadáver en una cruz con un perro al lado, y la conquista de Córdoba fué seguida de la de todo el pais toledano que se estendia entre el Guadalquivir y el Guadiana (2).

(1) «Abbad.», t. I, p. 46-48; 322-324; t. II, página 35, 122.

(2) «Abbad.», t. II, p. 16, 122, (cf. 68); Abd-el-wahid, p. 90. Segun Ibn-Khaldun en su capitulo sobre los Beni-Djahwar, Motamid, habria recuperado á Córdoba en 469 de la hegira, pero yo he creido deber seguir á Abd-el-wahid, porque este autor trae el dia del mes y el de la semana.

Felices sucesos eran estos, pero la medalla tenia su reverso. En comparacion de los otros reyes andaluces, Motamid era un príncipe poderoso, pero no era más independiente, tambien era tributario. Primero lo había sido de García, tercer hijo de Fernando y rey de Galicia (1) y ahora lo era de Alfonso VI, desde que este se habia apoderado de los reinos de sus dos hermanos, Sancho y García. Pero Alfonso era un soberano muy molesto: no contentándose con un tributo anual, amenazaba de cuando en cuando apropiarse los Estados de sus vasallos árabes. Una vez, entre otras, vino á invadir, al frente de un numeroso ejército, el territorio sevillano. Una inesplicable consternacion reinaba entre los mulsumanes, demasiados débiles para poderse defender. Solo Ibn-Ammar, el primer ministro no desesperaba. No contaba con el ejército sevillano: tratar de vencer con él á las huestes cristianas era una quimera, pero conocía á Alfonso, porque habia estado muchas veces en su córte (2);

(1) «Chron. compost.», p. 327.

(2) Véase á «Abbad.», t. II, p. 87.

sabia que era ambicioso, pero tambien que estaba medio arabizado, es decir, que era fácil de conquistar siempre que se conocieran sus gustos, sus caprichos, sus antojos. Con esto era con lo que contaba y sin perder tiempo en organizar una resistencia armada, mandó fabricar un juego de aljedréz tan magnífico que ningun rey tenía otro semejante. Las piezas eran de ébano y de sándalo inscrustados en oro. Provisto de este aljedréz se presentó, bajo un pretesto cualquiera, en el campo de Alfonso, quien lo recibí muy honoríficamente, porque Ibn-Ammar era del escaso número de mulsumanes á quienes estimaba.

Un día, Ibn-Ammar ensen  su aljedréz   un noble castellano que gozaba gran favor con Alfonso. Este noble, habl  de él al rey, quien dijo   Ibn-Ammar:

— Qu  tal jugais al aljedréz?

—Mis amigos opinan que juego bastante bien, respondió Ibn-Ammar.

—Me han dicho que poseeis un juego soberbio.

—Es verdad, señor.

— Podria y  verlo?

—Sin duda, pero con una condicion: jugaremos juntos, si pierdo, el aljedréz será

vuestro, pero si gano yo podré pedir lo que quiera.

—Acepto;

Se trajo el aljedréz y Alfonso estupefacto de la hermosura y de la delicadeza del trabajo, exclamó santigu ndose:

—¡Dios mío! nunca hubiera creido que se hubiera podido hacer un aljedréz con tanto artel

Y, cuando acabó de admirarlo, replicó:

—¿Qué es lo que deciais antes: señor, cuales eran vuestras condiciones?

Y habi ndoselas repetido Ibn-Ammar.

—¡No por Dios! yo no juego cuando la puesta me es desconocida, podriais pedirme una cosa que yo no os pudiera dar.

—Como querais, señor, respondió friamente Ibn-Ammar, y mandó á sus criados que se llevaran el aljedréz   su tienda.

Se separaron, pero Ibn-Ammar no era hombre que se desanimaba tan fácilmente. Confi o   algunos nobles castellanos, bajo palabra de guardar secreto, lo que habia de exigir de Alfonso en el caso en que le ganara la partida y les prometió sumas considerables, si querian ayudarlo. Seducidos con el cebo del oro y bastante tranquilos acerca de las intenciones del árabe; se comprometieron

estos nobles á servirlo, y cuando Alfonso, que, por su parte, ardia en deseos de poseer el magnífico aljedréz, les consultó sobre lo que debia hacer le dijeron: «Si ganais, señor, poseereis el magnífico aljedréz, que todos los reyes os envidiarán y si perdeis ¿qué podrá pedir os ese árabe?» Si hace una peticion indirecta, ¿no estamos aquí nosotros que sabremos traerlo á la razon?» Tan bien hablaron que Alfonso se dejó vencer. Mandó pues avisar á Ibn-Ammar de que lo esperaba con su aljedréz y cuando llegó el visir le dijo.

—Acepto vuestras condiciones ¡vamos á jugar!

—Con mucho gusto respondió Ibn-Ammar, pero hagamos la cosa en regla; permitid que tal y tal—y nombró á muchos nobles castellanos—nos sirvan de testigos.

El rey consistió y, cuando llegaron los nobles que Ibn-Ammar habia designado, comenzó el juego.

Alfonso perdió la partida.

—¿Puedo yo pedir ahora, lo que quiera, segun hemos convenido? preguntó entonces Ibn-Ammar.

—Sin duda, replicó el rey, veamos ¿qué es lo que exigís?

—Que os volvais á vuestros Estados con vuestro ejército.

Alfonso se puso pálido. Presa de una febril exaltación, recorría la sala á largos pasos, se sentaba y se ponía de nuevo á pasar.

—Me han cogido, dijo en fin á sus nobles y vosotros tenéis la culpa. Ya me temía yo una petición de esta especie de parte de ese hombre, pero vosotros me tranquilizásteis, me dijisteis que podía confiar y ahora recojo el fruto de vuestros malditos consejos.

Y después de algunos momentos de silencio, exclamó:

—¿Qué me importa su condición después de todo? no hago caso de ella para nada y voy á continuar mi camino.

—Señor, le dijeron entonces los Castellanos, eso sería delinquir contra el honor, sería faltar á la palabra y vos el más grande de los reyes de la cristiandad, sois incapaz de hacer semejante cosa.

Al fin, cuando Alfonso se hubo calmado un poco:

—Pues bien, replicó, pero en compensación de esta expedición frustrada necesito á lo menos doble tributo este año.

—Lo tendréis, señor, dijo entonces Ibn-

Ammar, y se apresuró á que remitieran á Alfonso el dinero que pedia, de modo que por esta vez, el reino de Sevilla. amenazado de una terrible invasion, se libró del susto gracias á la habilidad del primer ministro (1).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Abd-el-wahid, p. 83, 85.—En el año de 1466 cuenta Cáscales («Discursos históricos de Murcia,» fol. 118) que Boabdil-al-Zagal, jugó un día al ajedrez con D. Pedro Fajardo, gobernador de Lorca. La puesta del español era Lorca y la del moro Murcia. El último, ganó pero D. Pedro Fajardo, menos leal que Alfonso VI, faltó á su palabra. Cáscales cita un antiguo romance sobre este asunto.

XI.

No contento con haber salvado el reino de Sevilla, quiso también Ibn-Ammar extender sus límites. Lo que principalmente tentaba su ambición era el principado de Murcia. Primero, había formado parte de los Estados de Zohair, luego, del reino de Valencia, pero en la época que nos ocupa era independiente. El príncipe que reinaba allí Abu-Abderraman Ibn-Tahir, era un árabe de la tribu Cais. Inmensamente rico, pues poseía la mitad del territorio, era al propio tiempo un espíritu muy culto (1) pero te-

(1) Véase Ibn-al-Abbar p. 186-183.

nia pocas tropas, de modo que su principado era fácil de conquistar. Ibn-Ammar, lo conoció cuando en el año de 1078 (1) pasó por Murcia para ir á ver, no se sabe con que motivo, al conde de Barcelona Ramon Berenguer II, apellidado Cabeza de estopa á causa de su abundante cabellera, y aprovechó la ocasion para trabar amistad con algunos nobles murcianos que estaban descontentos, de Ibn-Tahir, ó que por lo menos estaban dispuestos á venderlo por dinero. Y cuando se presentó á Ramon, le ofreció diez mil ducados, si queria ayudarlo á conquistar á Murcia. El conde aceptó esta proposicion y en garantia de la ejecucion del tratado envió á su sobrino á Ibn-Ammicar quien por su parte le prometió que si el dinero no iba en el tiempo prefijado, Rachid, hijo de Motamid, que habia de mandar el ejército sevillano, serviria de rehenes; pero Motamid ignoraba esta cláusula de tratado y como Ibn-Ammar estaba convenido de que el dinero habia de llegar á tiempo, creia que no habia de llegar el caso de aplicarla:

(1) 471 de la Hegira; «Abbad», t. II, p. 93, Ibn-al-Abbar, p. 186. La fecha 474 («Abbad» t, II p. 87) está equivocada.

Salieron á campaña las tropas de Sevilla, unidas con las de Ramon y atacaron el principado de Murcia; pero como Motamid con su indolencia ordinaria dejara pasar el término estipulado, el conde se creyó engañado por Ibn-Ammar y, colérico, lo hizo prender lo mismo que á Rachid. Los soldados sevillanos bien trataron de libertarlos, pero fueron batidos y obligados á retirarse. Motamid se hallaba en esta época de camino para Murcia, llevando consigo al sobrino del conde, pero como caminaba despacio, no estaba todavía más que á orillas del Guadiana menor, que no podía pasar á causa de la crecida, cuando los fugitivos de su ejército aparecieron en la otra orilla. Venian entre ellos dos caballeros á quienes Ibn-Ammar habia dado sus instrucciones. Hecháronse con sus caballos al rio y, habiéndolo atravesado, contaron á Motamid los deplorables sucesos que habian ocurrido, añadiendo, sin embargo, que Ibn-Ammar esperaba recobrar enseguida la libertad y suplicando al príncipe en su nombre que permanecería donde estaba. No lo hizo Motamid. Consternado con la noticia que acababa de recibir y muy inquieto por la suerte de su hijo,

retrocedió hasta Jaen, despues de haber hecho encadenar al sobrino del conde. Diez dias despues, Ibn-Ammar que habia sido soldado, llegó cerca de Jaen, pero no atreviéndose á presentarse á la vista de Motamid, cuya cólera temia, le envió estos versos:

¿Debo yo creér á mis presentimientos ó dar oido á los consejos de mis compañeros? ¿Ejecutaré mi designio ó permaneceré aquí con mi escolta? Cuando obedezco á los impulsos de mi corazon avanzo seguro de ver los brazos del amigo abiertos para recibirme: pero cuando reflexiono me vuelvo atrás. La amistad me arrastra hácia adelante, pero el recuerdo de la falta que he cometido me hace retroceder. Cuán extraño son los descretos del destino! ¿Quién me hubiera predicho que habia de llegar un dia en que me fuera mas grato estar lejos que cerca de vos? Os temo, porque tenéis el derecho de quitarme la vida; espero, porque os amo con todo mi corazon. Tened piedad de aquél cuya adhesion inquebrantable conoceis, del que nó tiene mas mérito que amaros sinceramente. Nada he hecho que pueda suministrar armas contra mí á los envidiosos, nada que pruebe de mi parte negligencia ni presuncion, pero vos mismo me habeis espuesto á una terrible calamidad, habeis enmohecido mi espada. Es verdad que si me acordara de

vuestros numerosos beneficios que han sido para mí lo que la lluvia para las ramas de los árboles, no me dejaría consumir así por horribles tormentos y no diría que lo que ha sucedido, ha sucedido por mi culpa. De rodillas imploro vuestra clemencia, os suplico que me perdoneis, pero aunque tuviera que experimentar cerca de vos el áspero viento del Norte, esclamaría, sin embargo: ¡Oh brisa dulce á mi corazón!

Motamid, que debía conocer que también él era culpable, no resistió al llamamiento que Ibn-Ammar hacia á su amistad y le respondió con estos versos:

¡Ven á ocupar tu lugar á mi lado! Ven sin temor, porque te esperan bondades y no reprensiones. Está convencido de que te amo demasiado para poder afligirte; bien sabes que nada me es mas grato que verte alegre y contento. Cuando vengas aquí, me encontrarás como siempre, pronto á perdonar al pecador, clemente con mis amigos. Te trataré con bondad como antes y te perdonaré tu falta, si ha habido falta; porque el Eterno no me ha dado un corazón duro y no acostumbro á olvidar una amistad antigua y sagrada.

Tranquilo con esta respuesta, Ibn-Ammar voló á los pies de su soberano. Conviniéron entre sí, en ofrecer al conde la li-

bertad de su sobrino y los diez mil ducados á que tenia derecho siempre que soltara á Rachid. Pero Ramon no se contentó con la suma estipulada, en lugar de los diez mil ducados, pidió treinta mil y como Motamid no los tenía hizo acuñarlos con una liga muy considerable. Felizmente para él, el conde no se apercibió del fraude hasta despues de haber devuelto la libertad á Rachid (1).

Apesar del mal éxito de la primera tentativa, Ibn-Ammar no dejaba de codiciar á Murcia. Pretendia haber recibido de algunos nobles murcianos, cartas que le daban grandes esperanzas y trabajó tan bien, que Motamid le permitió al cabo ir á sitiarse á Murcia con el ejército sevillano.

Habiendo llegado á Córdoba, se detuvo allí veinticuatro horas para reunir á sus tropas la caballería que habia en la ciudad. Pasó toda la noche en compañía del gobernador Fath y quedó tan encantado de su conversacion, ingeniosa y picante, que cuando vino un eunuco á anunciarle que comenzaba á rayar la aurora, improvisó este verso:

(1) «Abbad,» t. II, p. 86, 91-94.

¡Vete imbécil! toda esta noche ha sido una aurora para mí. ¿Ni cómo podría ser de otro modo, si Fath me ha hecho compañía?

Continuando sus jornadas, llegó cerca de un castillo que llevaba todavía el nombre de Baldj, jefe de los Árabes sirios en el siglo octavo, y del que era gobernador otro árabe que pertenecía á la tribu de Baldj, es decir, á la de Cochair (1). Este árabe que se llamaba Ibn-Rachic, salió á su encuentro suplicándole que descansara en el castillo. Ibn-Ammar aceptó la invitación. El castellano le trató magníficamente no descuidando nada para insinuarse en su gracia y lo consiguió demasiado bien. Ibn-Ammar no tardó en concederle su confianza, pero nunca le habia colocado tan mal.

Acompañado de su nuevo amigo, fué á poner sitio á Murcia y poco despues se le rindió Mula. Esta era para los Murcianos una gravísima pérdida, porque los víveres les iban por aquel lado, por lo que Ibn-Ammar no dudó de que la ciudad no tardaria

(1) Véase «Abbad,» t.I, p.36.—Lo que se llamaba entonces castillo de Baldj, es acaso Velez-Rubio.

en rendirse, y habiendo confiado Mula á la custodia de Ibn-Rachic á quien dejó una parte de su caballería, se volvió á Sevilla con el resto del ejército. Cuando llegó, recibió carta de su teniente en que le decía que Murcia estaba acosada por el hambre y que algunos ciudadanos influyentes á quienes habia prometido puestos lucrativos, se habian comprometido á secundar á los sitiadores. «Mañana ó pasado, dijo entonces Ibn-Ammar, sabremos que se ha tomado Murcia.» Cumplióse su prediccion. Algunos traidores abrieron á Ibn-Rachic las puertas de la ciudad, Ibn-Tahir fué preso y todos los habitantes prestaron juramento á Motamid (1).

Luego que Ibn-Ammar, ébrio, de gozo recibió estas noticias, pidió permiso á Motamid, para ir á la ciudad conquistada. Este se la concedió sin vacilar. Entonces el visir que queria recompensar noblemente á los Murcianos, se hizo dar gran cantidad de caballos y de mulos pertenecientes á las caballerizas reales, pidió prestados otros á sus amigos y cuando tuvo cerca de doscien-

(1) «Abbad.», t. II, p. 86, 87.

tos los hizo carga de telas preciosas y se puso en marcha á tambor batiente y con banderas desplegadas. En todas las ciudades porque pasaba, se hacia entregar las cajas del Estado. Su entrada en Murcia fué un verdadero triunfo. Al dia siguiente dió audiencia, pero afectando aires de soberano, porque se habia cubierto con un gorro muy alto, tal como su señor tenia costumbre de llevarlo en ocasiones solemnes, y cuando se le presentaban peticiones, escribía al pié: «Que así sea si Dios quiere,» sin nombrar á Motamid.

Esta conducta presuntuosa se parecia mucho á una rebelion. Motamid, al menos, lo juzgaba así. Sin embargo, no se encolerizó: un sentimiento de tristeza y de desaliento se apoderó de él; veía desvanecerse de pronto el sueño que habia acariciado durante veinticinco años. ¿Le habria engañado el instinto de su corazon? ¿La amistad de Ibn-Ammar, sus protestas de desinterés y de adhesion inquebrantable, no habria sido mas que hipocresía y mentira? Sin embargo, acaso era menos culpable de lo que parecia á los ojos de su soberano. Tenia, cierto es, una vanidad escesiva y absurda, pero no es seguro que hubiera tenido el cul-